

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XI

Octubre de 1934

Núm. 112

Puntos de vista

Un problema difícil

El problema sexual es uno de los problemas más oscuros y difíciles de Chile. ¿De Chile solamente? En general, de todos los países en los que sobre la corteza moderna, domina la herencia espiritual del coloniaje. Con lo cual nos referimos a todos los países de extracción indohispana. La palabra sexo es palabra proscrita. Por lo menos lo fué durante muchos años. Lo fué por razones de moralidad, según se decía, aunque el sexo continuara ejerciendo, en la obscuridad, su dominio indisputable. Se convino en mantenerlo relegado, en destierro perpetuo. Se vengaba desencadenando terribles tragedias.

Para dar a este problema su verdadero sentido, se requiere, ante todo, limpieza y decoro. Son muchas las sombras acumuladas a lo largo de los años para que se pueda, intentar una solución rápida. Las razas de este lado del mundo, vivieron en obscuridad permanente. Pesaba sobre ellas la herencia que ya hemos señalado y que impedía todo vuelo a la personalidad, y todo lo que tuviera alguna relación con los problemas oscuros del sexo, era de intento sofocado. Con la civilización, con el progreso aquella sombra no pudo ser enteramente disipada. La corteza se cubrió de formas alegres, pero el espíritu persistía en su vieja quietud. De este modo ha podido producirse en las sociedades de América, la contradicción más singular: se vive de acuerdo con todas las regalías y moderni-

dades de la vida material, pero el fondo permanece inmutable. Las sociedades se han entregado enloquecidas al placer, se desenvuelven en pesadas jornadas materialistas; todos corren tras el goce, todos han aprendido sin maestros, las lecciones complejas que ofrece el dinamismo externo. Pero lo interno permanece en la sombra; agarrotado por los prejuicios. Se puede tolerar el aprendizaje espontáneo, el que se hace en la calle o el que el niño practica por el ojo de la cerradura; se le prohíbe, por el contrario, todo aprendizaje científico.

Conviene recordar las campañas tenaces que se libraron para dar a las enfermedades llamadas de trascendencia, un cartel de ciudadanía científica. No se podía pronunciar ciertos términos. Estaba vedado en el uso de la conversación y en la prensa, el empleo de palabras que la moral colonial, consideraba nocivas para la salud espiritual. Se encontraron eufemismos risibles para referirse a los males que gangrenaban la raza.

En realidad esto era policía. Simple policía sanitaria, no empleada con el rigor suficiente en homenaje a la moral hipócrita que llenó de carne joven y rápidamente descompuesta, los cementerios de todas las ciudades. El problema en sí, era otra cosa. El problema como complemento de la educación del hombre, como lección de dominio sobre sí mismo, sobre sus debilidades, sobre su naturaleza entera, sobre su destino en una palabra. La educación dejaba zonas oscuras. Grandes zonas a las que nadie podía penetrar, porque se había convenido en que eran zonas de peligro.

Las razas indoamericanas no han tenido el concepto alegre de la vida. Lo buscaban todo a espaldas de la educación, que era incompleta, fragmentaria, plagada de prejuicios. Este problema de la educación sexual ha sido adscrito siempre al problema religioso, y por lo tanto, desligado de su aspecto esencialmente científico. Cuando se ha intentado ponerlo de relieve ha tropezado con una repulsa cerrada. Como hemos dicho, sólo a condición de un gran decoro y de una elemental limpieza espiritual, se puede abordarlo para que rinda frutos robustos. La condición de la vida en los países

americanos o mejor, la condición del niño en los ambientes americanos es, substancialmente diversa a la en que viven los niños de países cuyas razas, han sido más francas y más abiertas en el estudio de las cuestiones vitales de la biología humana. Generalmente el problema ha descendido en su categoría, porque a él se le ha añadido la sospecha política que en estos países tiende a empequeñecer todo problema. La vida sexual está entre nosotros fundamentada sobre una negación hereditaria. Esta negación ha hecho que la vida misma se encargue de encubrir, con equívocos o con gazmoñerías, lo que no era sino defensa del ser humano en la lucha por la vida y luminosidad moral en las relaciones sociales.

Si se examina con atención el sentido mismo de la historia y de la literatura en América, se advierte de inmediato en ellas, la falta de aire. Este pesimismo demoledor que incuba casi todas las obras, la sequedad y el desencanto que las sostiene, derivan en mucha parte, de la contribución del ambiente en la formación mental de historiadores y escritores. Porque ha habido siempre una sensación de vergüenza, de bochorno, de angustia en las relaciones sexuales, condenadas en virtud de arcaicos prejuicios. Hay siglos de pesadumbre en tal sentido. Por lo mismo, la enseñanza de este problema, obscurecido de intento, tiene que sortear infinitos escollos, tiene que obrar con tino, con buena fe, con ejemplar decoro en la mentalidad de los niños. La ciencia tiene en estos países, más enemigos de los que supone el vulgo. La ciencia,—por lo menos en esta traída y llevada, tan esterilmente entre nosotros, cuestión sexual—carece de ambiente para el desarrollo de su misión, justamente porque es más denso el prejuicio, más poderosa la tradición, que ha condenado como subalternos los problemas que están íntima y profundamente ligados a la salud y al destino de hombre.